

# Homenaje a los Córdoba

Discurso del Reverendo Padre Jesuita  
Carlos Salcedo.

Señores :

La Academia de Historia de Medellín, al cumplir cuarenta años de su fundación tuvo la feliz idea de celebrar este acontecimiento, con una patriótica peregrinación a las ciudades de Antioquia consagradas un día, por la presencia de los próceres de nuestra Magna Guerra: Corral, Girardot, los Córdoba, Mejía.

Con el fin de dar solemnidad al acto y refrescar la memoria de nuestros héroes con la cooperación de todos los colombianos, invitó a los demás centros históricos del país a tomar parte en la ejecución del programa de la fiesta.

Cúpole en suerte a la Academia Histórica de Pasto hacer homenaje a los Córdoba; y heme aquí, en este lugar desempeñando el honroso cometido.

Tres amores me han colocado en esta tribuna: primero, el amor a la ciudad en que se abrieron mis pupilas a la luz. Y ese cariño a la patria chica es tan profundo, que a pesar de media centuria que ha corrido desde la hora en que hube de dejarla, todavía su solo recuerdo conmueve las fibras más íntimas de mi alma. Mis conciudadanos me han pedido que los represente en esta acasión. No podía rehusarlo.

El segundo amor que pone la palabra en mis labios para hablar en estas montañas antioqueñas, es el que profeso a sus moradores. En siete lustros que he recorrido sus comarcas he podido apreciar las altas prendas de esta raza privilegiada. Raza de titanes

batalladores, raza bella, noble, emprendedora. Raza de cerebros cultivados, de generosos corazones y de excelsos ideales cristianos. Y es tan fácil hablar de lo que se ama.

Y en tercer lugar, soy colombiano, y como tal, admiro y aprecio en sumo grado, a aquellos hombres de valor legendario que con el esfuerzo de su brazo y con la sangre de sus venas nos dieron libertad y rompieron el yugo extranjero.

Por aquí podréis comprender cuál será mi emoción al hacer el elogio de los Córdobas!

Pero no quisiera excluir en mis fervidos encomios a Liborio Mejía, benemérito hijo de Rionegro que combatió con denuedo en Palacé, y rindió la jornada de la vida el 3 de septiembre de 1816 en el banquillo de Bogotá, sellando con su sangre su adhesión a la República. Bien merece el bronce con que sus coterráneos han inmortalizado sus hazañas.

Intento hacer la oración gratulatoria de los próceres de la Independencia; mas para llenar con acierto mi propósito sería menester trasladarnos con la mente a aquellos tiempos heroicos de la Patria cuando los ejércitos contendores eran tempestades que se disolvían en torbellino de rayos y centellas, cuando el ferrado casco de los caballos hacía temblar la cordillera de los Andes, cuando el chocar de las armas imitaba el chasquido del oleaje del océano, y el paso de la tropa, era el paso de los huracanes. Oh tiempos, oh guerreros, oh proezas aquellas dignas del Cid, de Napoleón, de Alejandro, de Aníbal, de Héctor y de Aquiles. ¡Oh épocas de sacrificios y lágrimas, de muerte y exterminio! ¡Oh cuánto sudor en la quemada frente del soldado! Cuánta sangre de valientes corriendo como ríos por llanos, por montes, por ciudades! Cuántos cadáveres insepultos o cuántas tumbas a la vera del camino por llevar adelante un ideal sublime! Ciertamente, para hacer el recuento de esos

gloriosos hechos era preciso que resucitara Homero, y nos presentara la sonora trompa de sus epopeyas. En la ausencia de estas dotes excelsas, valga por todo la buena voluntad que me inspira.

II—Cuán grato, señores, recordar los hechos de estos varones preclaros aquí en Rionegro, ciudad cubierta con el manto de esmeraldas que le dan las rosas de sus pensiles!

Cuán grato estar aquí, bajo el mismo cielo que ellos contemplaron, aquí a las orillas del tranquilo río que ellos conocieron, aquí cabe el hogar de sus padres adorados, aquí en Rionegro junto a la escuela y el templo que ellos frecuentaron, y desde donde salieron cuando los clarines de la Patria los llamaron a militar bajo sus banderas.

Cuán dulce, cuán suave y placentero hablar de los Córdoba aquí en Rionegro donde con el apellido conserva su familia la simiente genitora de maravillosas empresas.

Aquí en la plaza de Rionegro vive y perdura José María Córdoba en el bronce de soberbio monumento; aquí sobre una de las colinas que embellecen la ciudad, descansan sus cenizas venerandas. Cómo no ha de sentir el pecho el incontenible anhelo de pronunciar sus alabanzas?

Sea en primer término José María Córdoba el objeto de nuestro panegírico. Dos ciudades, Concepción y Rionegro, se disputan el honor de haber medido su cuna. Su estirpe es de la noble de los Fernández de Córdoba que dejaron la península ibérica en busca de los aires del nuevo mundo. La naturaleza le dotó con egregias cualidades: claro talento, robusta voluntad, valor impertérrito y hasta hermosura varonil. Y en los azares de la guerra la victoria le brinda palmas y laureles.

Militar a los catorce años bajo las banderas de Serviez, más que la aristocracia de la sangre y del

dinero admira la aristocracia del valor, de la ciencia y la virtud; pero de preferencia a los riesgos de la guerra, José María Córdoba es el bravo entre los bravos colombianos; a los veintisiete años después de continuo guerrear ostenta los galones y charreteras de general de división, merced a su heroica valentía y a la pujanza indómita de su brazo. Estuvo siempre con el desnudo acero frente al enemigo, allá donde el Cauca embellece y fecunda valles y campiñas, allá donde el Magdalena desemboca en el océano, allá donde el Orinoco desliza entre selvas sus móviles cristales. Bajo la metralla enemiga trepa a la cima de los volcanes y baja hasta desafiar el oleaje enfurecido de los mares.

Está presente en las grandes batallas sobre las cuales, como sobre columnas de granito se erigió el palacio de la libertad. El puente de Boyacá le vio junto a Bolívar, Santander y Anzoátegui. En Bomboná acompaña con Bolívar a los que clavaban sus bayonetas sobre los riscos para acometer al edversario en sus fortalezas naturales. Al lado de Sucre y Calderón contempla las nieves del Pichincha purpuradas con la sangre de los fuertes. En Ayacucho, en ese gran congreso de adalides, en la contienda magna de legiones de gigantes y guerreros brilla como el rayo en medio de las tempestades. Por eso la fama publicó su heroísmo y le conquistó voluntades.

El siete de septiembre de 1829 se presenta de improviso en la plaza de Rionegro, y los caballeros, las damas, los niños, las multitudes al contemplar ese joven de cabeza erguida, y de espaciosa frente, de ese joven que lleva en los ojos dos radiantes luceros, al verle vestido con dormán azul con franjas y botones de plata, al fijarse en la reluciente espada que lleva al cinto, sostenida por rojo ceñidor terminado con borlas de oro; al reparar en la arrogancia militar del victorioso caudillo; los caballeros, las da-

mas, los niños, las multitudes sin poder contener su admiración y cariño le aclamaban con frenesí.

Córdoba fue amado con delirio por Bolívar, quien lo llamó su Efestión, su Ney, y dijo que una gota de su sangre valía más que toda la de sus adversarios.

Sucre pensó que aquella corona de oro regalada en la Paz a los héroes de Ayacucho no podían lucir mejor que en la frente de Córdoba.

Lástima que estrella tan luminosa de las armas de Colombia se eclipsara entre celajes de sangre sobre los horizontes sombríos del Santuario! Quisiéramos haber visto hundirse en el fondo del espacio infinito, cabalgando un corcel apocalíptico, desnuda la espada, fulgurante el morrión, mientras resonaba en las nubes y repetían las oquedades de los montes aquella voz de mando que se oyó en las cumbres del Cunduncurca: División, armas a discreción, paso de vencedores.

Lo que pone el colmo a las hazañas de José María Córdoba es una proeza insigne de valor cívico. Mortificóle sobre manera el que en Colombia se le hubiera suscitado una causa criminal por sus actuaciones en Popayán: mas cuando se hallaba muy lejos de la hermosa ciudad que se reclina en las faldas del Puracé; cuando después de las campañas del Perú había subido al pináculo de su grandeza; cuando tenía 3.000 soldados a su disposición y manejaba caudales: cuando pudo trasladarse a Europa a vivir tranquilo, rodeado con la aureola de militar invicto; sin embargo, entonces, a fuer, de caballero pundoñoso, a fuer de republicano, esclavo de la ley regresa a la Patria, a presentarse a los tribunales. El Consejo de Guerra le absuelve por unanimidad, la Corte Marcial procede de idéntica manera. Solamente el ilustre jurisconsulto Félix de Restrepo al salvar su voto opinó que a Córdoba se pusiera en el banquillo y se le aplicara la pena de muerte, una

vez que se le despojara de sus títulos militares. Lo que más tarde dio lugar a la famosa escena en la que se pronunciaron aquellas palabras que debían grabarse con buril de acero en roca milenaria. Córdoba sin rencor dice a Restrepo: Dios guarde al magistrado para la ley. —Restrepo con sinceridad responde a Córdoba: Dios guarde al héroe para la patria.— Rasgos sublimes, dignos de Roma y Atenas en tiempos mejores! Oh varones esclarecidos, dignos de perpetuo renombre, Salve! Salve os dice el pueblo que os admira!

III—Es tiempo ya de consagrar unas frases siquiera para honrar la memoria del General Salvador Córdoba, digno hermano y compañero del paladín del Perú, del Ecuador y de Colombia.

Era aún adolescente cuando ya emprendía a órdenes de su hermano en 1820 la campaña para debelar a Warletta; empieza en Chorros Blancos en calidad de abanderado, sus lides por la libertad; y bajo el mismo comando, continúa batiendo al enemigo en Majagual, Tenerife y Cartagena y contribuye con sus soldados a la derrota de prestigiosos caudillos peninsulares: y Pichincha, Junín y Ayacucho son testigos y heraldos de su invencible coraje, y los nombres de Aymerich, Canterac, Laserna son los trofeos de sus victorias.

De modo especial en Ayacucho donde en duelo a muerte lucharon los leones de Castilla con los conductores de nuestras montañas, hizo prodigios al frente del batallón Caracas llamado por Sucre *guirnalda de reliquias beneméritas*— y allí con la sangre de sus venas enrojeció aquel campo de impercedero recuerdo.

Mientras vivieron juntos los hermanos, José María fue el sol en el cenit cuya luz deslumbradora no resisten los ojos; y Salvador fue radiante cometa que en noche serena ostenta su núcleo y su diáfana

cabellera. Después de la muerte de aquél, éste luce con luz propia en el cielo de la patria.

Sus biógrafos nos describen su figura diciendo: fue alto y delgado, tuvo fino, abundoso el cabello y frente proporcionada; sus ojos parecían almendras, llenos de dulzura; y las gracias jugaban en sus labios; gozaba de mente clara, de recto criterio, de fácil palabra y de corazón de oro, y en la rapidez de la acción nadie le igualaba. Para darnos cuenta de sus hazañas bélicas, basta fijarnos en las condecoraciones que lucen en su pecho: un escudo del ejército del Magdalena, otro precioso de Junín; dos medallas de oro, la una de Ayacucho la otra del busto del Libertador, y varios títulos de benemérito de la Patria en grado heroico.

Un rasgo solamente nos dará idea de su arrojo temerario.

El 26 de septiembre de 1829 en Medellín, cuando la sublevación de los oficiales Vélez y Herrera, vuela de su casa al cuartel, y con un cuchillo en la mano desarma al centinela, intima rendición a los soldados y éstos rinden las armas.

En otra ocasión —en el gobierno de Obregón—, él solo cabalgando su caballo de guerra, y con uniforme de gran general, penetra en el cuartel, arenga al ejército y el ejército se le rinde.

Empero la nota característica de su vida, la que le hizo amable sobre manera, fue la constante magnanimidad de su conducta.

En los vaivenes de la guerra cae bajo el imperio de Salvador Córdoba, aquel Castelli jefe militar de Medellín; aquel Castelli de quien había recibido malos tratamientos y grillos y destierro a Cartagena para que fuese fusilado como delincuente; pues bien, cuando le tenía prisionero y la venganza parece que hirviendo en su pecho le hubiera imperado terribles represalias; lejos de estos pequeños rencores, le hace

servir en Rionegro por sus hermanos, y en vajilla de plata escogidos manjares, y le aloja en regias habitaciones. Este es el noble proceder de los fuertes. Y no quiere fusilarlo, sin que se le juzgue, y no quiere mancharse con la fría sangre de sus adversarios y resiste sereno los sarcasmos del vulgo que atribuye a debilidad este proceder, porque el vulgo no comprende la grandeza de un corazón generoso.

Obando en sus cartas le decía: fusile usted, fusile usted, fusile, fusile, fusile. Pero Salvador, otro Bayardo sin tacha y sin miedo, se hizo sordo a tan diabólicas sugestiones.

Señores, el orador romano cuando César indultó a Marcelo le habló de esta manera: no puedo pasar en silencio tan inaudita clemencia y tanta moderación y templanza en la victoria sin ensalzarla, alabarla y publicarla. Las hazañas de muchos reyes y generales no pueden compararse con las tuyas, ni en la grandeza de la contienda, ni en el número de batallas, ni en la celeridad con que victoriosamente las terminaste; porque tú has llevado a cabo proezas mayores.

Ciertamente, es empresa admirable dominar a las bárbaras naciones; pero refrenar la ira, vencerse a sí mismo, usar con moderación del triunfo, es acción tan insigne, que ella te coloca al par de los mayores hombres y te hace muy semejante a los dioses.

No os parece señores, que Cicerón estuviera haciendo el elogio de Salvador Córdoba, prez y orgullo de vuestra tierra?

Pero no hay en las montañas antioqueñas tantos gajos de laureles, ni en sus jardines tantas flores, ni en sus labios tantos himnos como los que mereció Salvador Córdoba en la última etapa de su vida, al morir fusilado por Mosquera en los escaños de Cartago. No es mi ánimo hablar de las guerras fractricidas, ni de analizar los motivos que impulsaron al gran general para ordenar esta terrible ejecución, sólo diré

que las cartas que escribió su víctima en esta ocasión respiran una ternura y una elevación de ideas que le enaltecen hasta las nubes. Su alma generosa se agiganta en presencia de la muerte, y su espíritu cristiano flota victorioso sobre las pequeñeces humanas. No resisto al deseo de trasladar algunos párrafos de la última carta a su esposa: Cartago, 8 de julio de 1841. Anita querida: Parece que el Creador decretó ya nuestra separación eterna. Toda la noche he estado en capilla. Son ya las seis de la mañana y a las siete está decretada mi muerte. Nada me ha alterado; los decretos de Dios no pueden revocarse. Mi madre y compañera, mi señora la Virgen de las Mercedes me ha dado una resolución sin igual. Voy con una conciencia tranquila al sepulcro, y me despido de usted, de mis hijos y hermanos para siempre; también de mi madre adorada, y en fin, de toda la familia.....

Aquí iba cuando ha venido el Amo, y le he recibido. Se acercan ya los momentos y al concluir ésta saldré al banquillo.....

A poco sonaron las descargas y entre el humo de la pólvora alzóse con nimbo de gloria la excelsa figura de un mártir de la Patria.

Señores, estos varones son nuestros próceres. Estos los genuinos intérpretes del alma de Colombia. A su paso descubrimos nuestras frentes y rendimos los corazones.

Bolívar, Santander, Nariño, los Córdoba, y otros porta-estandartes de nuestra independencia, pudieron tener sus debilidades; pero llevaron la religión incrustada en sus pechos y escondida en el alma con fuente de indiscutible heroísmo. Ofrezcamos pues fervido homenaje a su memoria.

Sea éste el momento propicio para reiterar en nombre de la ciudad de Pasto y de su Centro de Historia el testimonio de simpatía a Rionegro y a sus

hijos esclarecidos. Ante ellos se inclina el Galeras con su penacho de fuego. El Guaytara, tinto en sangre de valientes, al despeñarse, va pregonando de tumbo en tumbo las hazañas de los Córdobas, y mientras la ciudad sagrada desde su altiplanicie andina con sus brisas envía hasta estas regiones el perfume de su admiración a los héroes; desde Chacapamba, Tacines, Buesaco, y Juanambú, las sombras de Agualongo y Merchancono, terribles luchadores de antaño se le levantan del sepulcro para presentar las armas a los jefes victoriosos en las campañas del sur.

IV—Termino mi oración dando felicitaciones muy cumplidas a las ciudades engendradoras de varones epónimos. Rionegro, La Concepción. Rionegro conserva la corona de oro y los trofeos de los Córdobas, y ha correspondido a la ofrenda de sus hijos, cercándolos con una fresca guirnalda de corazones. Estas guirnaldas no han de marchitarse jamás; cuando una generación de rionegreros desaparezca, otra nueva se levantará para ofrecerles nuevas flores y nuevas coronas.

La muy ilustre Municipalidad de Rionegro no olvidará nunca aquellas palabras: He tenido la dicha de ser escogido por S. E. el Libertador, para recibir la corona del triunfo de la segunda División de Colombia, en qué lugar más digno deberé colocarla que en la sala capitular de la ciudad en que nací?

Concepción conservará siempre como timbre de honor la fe de bautismo del ínclito vencedor de los Virreyes en la batalla del 9 de diciembre de 1824.

Bien hayan Concepción y Rionegro, ciudades nutricias de próceres y mártires porque en su suelo germinan todavía matronas como Pascuala Muñoz de Córdoba capaces de llevar en su seno la libertad de los pueblos. Vístanse de gala Concepción y Rionegro, porque en su firmamento brillan pléyades de jóvenes garridos y de vírgenes esbeltas en quienes pal-

pita la sangre de los adalides de Ayacucho, la sangre de las víctimas de Cartago y de El Santuario.

Concepción y Rionegro entonen himnos de triunfo, porque ven juntarse en la prosapia de los Córdobas, la espada y la oliva con la cruz redentora. Para sacar verídico mi aserto vengan entre los que ya descendieron a la tumba, y por vía de ejemplo, Benjamín Tejada Córdoba, intelectual y pedagogo, y Ricardo Tejada Córdoba, jesuíta, soldado ilustre en el escuadrón de Loyola. Y los demás parientes? Fueron y son falange en las lides del trabajo y valientes impulsores del progreso.

Concepción, Rionegro, pueblos de patriotas y cristianos; Antioquia, libre como el aire de las selvas, libre como el cóndor de los Andes; Colombia, madre adorada y fecunda, aquí junto al monumento de los próceres, hago votos por vuestra dicha.

Empuñen las armas de la libertad, guerrareros como aquellos que nos dieron independencia.

En los hogares pacíficos de los colombianos vivan unidos el tricolor de la República y el Cristo del Calvario.

Y cúmplase el anhelo de los libertadores, y sonría la felicidad sobre los horizontes de la Patria.

He dicho.

*Carlos SALCEDO S. J.*